



El espacio como pregunta

Natalia Quiceno Toro y Jonathan Echeverri Zuluaga (Eds.) (2021) *Etnografía y espacio: Tránsitos conceptuales y desafíos del hacer*. Medellín (Colombia): Universidad de Antioquia, 326 pp. ISBN: 978-628-7519-01-5

El espacio, decía el filósofo francés Henri Lefebvre¹, hasta la década de 1970 había sido un término casi sin sustancia, una abstracción. Sin embargo, con la publicación de *La producción del espacio*, Lefebvre se propuso definirlo como un producto social, enlazándose lo mental y lo cultural, lo social y lo histórico. La teoría del espacio entonces se orientó a dejar de pensar esta categoría como una “esencia” para darle un rol menos neutral y más activo como medio y objetivo. Igualmente, la geógrafa marxista Doreen Massey² remarcaba que no sólo lo espacial estaba socialmente construido, sino también lo social estaba espacialmente construido. Por consiguiente, en su reconceptualización del espacio añadió dos características: 1) es relacional a través de la interacción de unos con otros y no se puede negar la existencia de diferentes entidades espaciales, y 2) es la dimensión de la multiplicidad, la esfera en la que conviven una variedad de trayectorias, una condición previa para que la historia sea abierta y por ende para que la política continúe existiendo³. En la búsqueda de nuevos imaginarios lo espacial no debe de reducirse a una mera superficie plana y sin agencia.

A la luz de esta idea de que el espacio no es algo que esté dado, vamos a comentar el libro *Etnografía y espacio: Tránsitos conceptuales y desafíos del hacer*, editado por Natalia Quiceno Toro y Jonathan Echeverri Zuluaga, en el que se recogen los trabajos de una serie de etnógrafas y etnógrafos procedentes de diferentes partes de América Latina que incluyen el espacio como pregunta y al mismo tiempo se ayudan de la etnografía como una forma de crear conocimiento situado. Como indican en la introducción Quiceno y Echeverri, en los inicios de la antropología, los investigadores de dicha disciplina que se valieron de la etnografía no tenían en cuenta el espacio, no había una pregunta concreta sobre esta categoría. Sin embargo, con el paso de los años, en la antropología y en general en el campo de las ciencias sociales se ha dado un “giro espacial”, lo que ha supuesto que el espacio se haya convertido en una cuestión de interés⁴. De este modo, a lo largo de once capí-

¹ H. Lefebvre (2013 [1974]) *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.

² D. Massey (2012 [1984]). Introducción: la geografía importa. En A. Albet y N. Benach, (Eds.), *Doreen Massey. Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria Editorial, 95-111.

³ D. Massey (2012). Espacio, lugar y política en la coyuntura actual/Space, Place and Politics in the Present Conjuncture. *Urban*, (04), 7-12.

⁴ M. Serje y A. Salcedo (2008). Antropología y etnografía del espacio y el paisaje. *Antípoda. Revista de antropología y arqueología*, (7), 9-11.

tulos esta obra pretende mostrar el debate acerca de cómo se puede tratar el espacio desde un enfoque etnográfico, es decir, en base a la relación entre espacio y etnografía.

Lucila Bugallo y Francisco Pazzarelli en el primer capítulo ponen el foco en las ferias periódicas que se celebran en los Andes del sur. Estas ferias al tener un carácter temporal ocupan durante unos días espacios de la vida cotidiana. Por ese espacio-tiempo limitado lo efímero se convierte en su característica principal. Así, las relaciones se encuentran determinadas por el interés y la pregunta y en esa interacción con los otros es donde se retiene la diferencia. Esa efimeridad acaba desplazándose a las personas que acudieron a este tipo de ferias. En consecuencia, el trabajo etnográfico en ferias implica en cierta medida que entre los etnógrafos y sus interlocutores se comparta una misma posición por lo efímero y la reflexividad que se genera al identificar algo propio en los otros.

De igual forma, el desafío de estos etnógrafos pasa por evitar un desplazamiento de la mirada a la hora de generarse una espacialidad concreta en las relaciones entre distintos seres. Esto es, conservar la alteridad en el trabajo de objetivación. Siguiendo la lógica de incorporar nuevos entendimientos y de conectar con otros mundos, María Ochoa Sierra analiza los sueños como materialidades visuales, centrando su investigación en la interpretación que hace al respecto la comunidad wayúu por romper con la dicotomía realidad-ficción propia del pensamiento moderno. En varias sociedades no occidentales los sueños forman parte de la realidad y en el caso de los wayúu es la puerta de entrada a otros mundos, pero, al darse una ontología dual, se requiere de un intérprete especialista del mundo sagrado. También suponen una vía de conocimiento porque en el proceso de reconstrucción de la imagen trasciende al individuo que sueña, activando los nexos culturales. Para Ochoa el trabajo etnográfico que se desarrolla en este contexto elude las formas clásicas de observación. Por ello, la observación participante empleada se realiza en relación con la cotidianidad y es ahí cuando el sueño se manifiesta como un elemento importante. Las imágenes oníricas, que se enmarcan en las representaciones, exigen al investigador cambiar su postura.

En el capítulo III Eulalia Hernández Ciro subraya la relevancia de los expedientes judiciales de procesos civiles y penales en el ámbito de las fuentes documentales al reflejar una “oralidad transcrita en palabras”. A tal efecto, esta historiadora contempla la etnografía como un recurso metodológico capaz de suscitar preguntas y lecturas distintas sobre los documentos, llegando incluso a poder realizar una especie de trabajo de campo de tiempos pasados. La etnografía de archivo extiende el análisis de los expedientes judiciales al recobrar, entre otras cosas, el rol activo de los sujetos y desarrolla nuevas áreas de investigación como los estudios socio-espaciales, además de proveer a la labor del historiador una perspectiva sensitiva y material.

En tanto, el siguiente capítulo de este libro igualmente se centra en la búsqueda de la reactivación de un espacio que había quedado extinto. Andrés Góngora, Ángela Viviana Cano, Juan Diego Jiménez, María Alejandra Rodríguez y Nelson Camilo Jiménez abordan las narrativas gubernamentales y mediáticas generadas en torno al barrio bogotano el Bronx (o “La L”). Además de ser retratado como un agente generador de violencia, este vecindario era identificado como un espacio separado del Estado, pero eso no quitaba que en la circulación se difuminasen los

márgenes entre el interior y el exterior. La asunción de la marginalidad no conllevaba que existiese una supeditación a las decisiones de los agentes gubernamentales y la amplificación que llevaban a cabo los medios de comunicación. De esta manera, se puede entender mejor por qué se desalojó. Conscientes de todo ello, un grupo de jóvenes de la zona decidieron construir un modelo a escala de “La L” en el que se recreaba el espacio vivido y servía a su vez para contraponer la memoria institucional que se había producido. La etnografía que se desarrolló contribuyó a la recreación y posterior materialización de un espacio que ya no existía físicamente.

Con la sexualidad y el género como ejes, los capítulos V y VI se ocupan paralelamente del papel de la etnografía en estos contextos tan concretos. Por un lado, Fernando Ramírez Arcos introduce el concepto de “sentido de lugar LGBTI” (p.149) con el fin de referirse a los espacios en los que se relacionan y socializan las personas de dicho colectivo. En tanto que la ciudad desempeña un rol clave en la estructuración de un modelo social que parte de la heteronormatividad, de la normalización de lo heterosexual, la población LGBTI intenta hacerlo a partir del establecimiento de sus propias espacialidades con vistas a disponer con una red de seguridad y encontrar un sentido de pertenencia. El “sentido de lugar LGBTI” no es únicamente un modo de observar, es también la discusión acerca de la manera en que los investigadores se implican en campo, haciéndose visible lo relevante que es la decisión de la escala por las conexiones entre cuerpo y espacio.

Por otro lado, Laura Oviedo Castrillón investiga la construcción de conocimientos trans y feministas en los espacios digitales, específicamente en YouTube e Instagram. En la medida que cada vez está más presente en la vida cotidiana, lo digital cuenta con la capacidad en el despliegue de relaciones de construir espacios en línea/fuera de línea. De ahí que Oviedo opte por la “etnografía móvil” (p.172) al desarrollar una investigación que con un enfoque socioespacial es consciente de lo entrelazada que está la tecnología con distintos procesos que relacionan a unos seres humanos con otros. Esto no significa que en la investigación la autora deseche la etnografía tradicional, pero sí aboga por la experimentación para abrir nuevas posibilidades. Aun así, esta etnografía tiene varios retos por delante como, por ejemplo, una mejor sistematización o una mayor conciencia sobre la cuestión algorítmica.

Angela Facundo Navia en el capítulo séptimo centra su trabajo en las personas refugiadas de nacionalidad colombiana en Brasil durante los últimos veinte años. El espacio en este sentido se relaciona a las vivencias burocrático-existenciales, es decir, cómo las categorías jurídicas que recibían estos sujetos impactaban en asuntos importantes de sus vidas. Durante la investigación, la autora, en diálogo con sus interlocutores, muestra que, pese a pasar por los mismos lugares, cada uno de ellos vivían experiencias diametralmente divergentes marcadas por sus respectivas particularidades. La gestión de refugiados no podía ser identificada como un espacio abstracto cuando en el trato intervenían otras marcas sociales que iban más allá de la condición de migrante. En cuanto a los procesos de integración, desde las instancias estatales brasileñas se buscaba el reasentamiento de un perfil concreto de sujetos, el de un núcleo familiar sustentado en el esquema tradicional de género y generación. Con el fin de tomar en consideración el desempeño estatal en tales espacios, Facundo Navia define como “universo institucional del refugio” (p.217) esos teji-

dos que crean los territorios de experiencia de las personas refugiadas en conjunción con la administración. Sin embargo, eso no quita la complejidad para mapear los territorios de experiencia de sus interlocutores a la vez que transmitir de forma satisfactoria el trabajo de campo realizado en texto escrito.

Desde una perspectiva análoga, Santiago Valenzuela Amaya lleva a cabo una etnografía en Turbo, un municipio colombiano fronterizo con Panamá y dominado por la guerrilla, los paramilitares y el narcotráfico. Entonces para la construcción del migrante hay que ir más allá de lo “real” y entender las realidades que se fabrican sobre tales sujetos, por lo que se debe de considerar los quiebres de significado en la frontera. En el contexto de los flujos migratorios, las dinámicas espaciales son líquidas, adaptándose al tránsito y afectando al mismo tiempo al sujeto migrante. Por ello, se hacen menos obvios los conflictos espaciales entre actores armados y cobra mayor protagonismo la noción de “hospitalidad” al tenderse pautas de solidaridad entre habitantes de la zona y migrantes. La labor del investigador parte del concepto de la intersubjetividad como un modo de comprender los movimientos migratorios en base a la trayectoria de vida de éste y en su conexión con los migrantes. Igualmente, el contexto matiza el procedimiento seguido en el trabajo de campo en la frontera porque no existe un esquema predeterminado para hacer etnografía en dichos ámbitos debido a sus múltiples significados. Con todo, Valenzuela pone en valor la metodología relacional con miras a mostrar que su posición como investigador va más allá de la simple observación y en su estudio también interfiere el conocimiento desarrollado en el trabajo de campo.

El noveno capítulo estaría más enfocado en las narrativas creadas en torno a los efectos sociales nocivos de los proyectos de desarrollo. En un primer momento, André Dumans Guedes presenta la utilidad del concepto “desterritorialización” (p.248), entendido como un desplazamiento obligatorio, en trabajos académicos para estudiar los impactos socioespaciales que tienen las represas y otras infraestructuras similares en las comunidades locales donde se construyen. Asimismo, la desterritorialización se ha revelado en las últimas décadas como un término valioso para la lucha política. Esto no quiere decir que haya de justificar su naturalización, como un marco explicativo capaz de poder explicar todos los efectos. En consecuencia, el trabajo de campo de Dumans Guedes sobre las experiencias y reflexiones de los habitantes del municipio brasileño de Encruzilhada en relación con la construcción de tres grandes represas muestra un relato diferente. Algunos de los entrevistados hablaban de las situaciones difíciles que causaron en sus vidas las represas a partir de la idea del “retorno al cautiverio” (p.256). Esto es, con una visión opuesta a la desterritorialización, consideraban que tras la construcción de las represas tenían una sensación de estar parados, lo cual repercutía a que se vinculase la ciudad con la reducción de movimientos. Entonces el autor pone en valor el método etnográfico porque en su caso le ayudó para mostrar modos de conocimientos minoritarios e igualmente por contar con la capacidad de “hospedar” otras prácticas. Por tanto, al hallarse la “desterritorialización” en el universo estudiado, desecharlo como tal no es conveniente si se quiere promover la pluralidad en el campo de la investigación.

Por su parte, Mateo Valderrama Arboleda desde otro punto de vista tiene en cuenta también la problemática de los proyectos de desarrollo. Así pues, desarrolla una etnografía en el municipio de San Francisco, ubicado en el Oriente antioqueño,

en el marco del restablecimiento de las prácticas campesinas por parte de sus comunidades después de un proceso desarraigo producido durante los años del conflicto armado. No obstante, las comunidades campesinas que en su día ocuparon este lugar no se entregaron al desarraigo y optaron por volver a habitar y restaurar los espacios que parecían abocados a convertirse en pueblos fantasmas. El volver a las veredas entrañaba que se diesen experiencias complejas y por eso no todos los lugares pudieron ser habitados de nuevo. En la reconfiguración de la vida campesina se buscó que el trabajo en grupo fuese una parte central, pero el desarraigo rompió con gran parte de las formas solidarias de trabajo y las prácticas comunales. En la actualidad las amenazas que deben lidiar tales comunidades son los proyectos hidroeléctricos que las compañías capitalistas pretenden construir. Aun deterioradas por el desarraigo y la violencia, las prácticas campesinas poseen un enorme potencial para nuevamente recomponer los espacios y sus relaciones con los cuerpos y las materialidades. En tanto, para el autor la etnografía del espacio ha podido mostrar las dinámicas presentes en las prácticas cotidianas del campesinado que disponen de la habilidad de la producción del espacio. En ese enfoque de la etnografía por lo local se puede llegar a comprender el “lugar” donde emergen las relaciones de poder capitalista al globalizar el espacio en dicha escala.

Por último, Simón Uribe en el capítulo final reflexiona en torno a la catástrofe que ocurrió en Mocoa, capital de departamento de Putumayo, debido a una avenida torrencial. Dos versiones sobre las causas de lo ocurrido circularon extensamente: la primera tendía a circunscribirlo a un evento natural fruto del cambio climático, y la segunda se sustentaba en que era una imprudencia humana. En ambos casos se exponía como algo consustancial al lugar. Al respecto, el trabajo de Uribe pasa por desnaturalizar la tragedia y atender a los cortes estratigráficos con el fin de que se manifestasen ideas de poblamiento distintas. Algunos de los barrios que sufrieron las peores consecuencias habían sido los asentamientos de aquellos desplazados por el conflicto armado. Estos asentamientos se producían en las zonas periféricas de la ciudad que con el paso de los años y la transformación urbana se había convertido en barrios “formales”. Pero en ese carácter difuso la tragedia compromete la posición de normalidad y muestra cómo la ciudad se construye en el espacio de las relaciones, siendo decisivo los arreglos políticos. Entender el espacio como una realidad social posibilita cuestionar ciertas narrativas que pretenden naturalizar y normalizar eventos como una avenida torrencial. La etnografía del espacio (urbano) que lleva a cabo este autor conlleva preguntarse las relaciones y los modos que adopta tal espacio y va más allá al señalar que es necesario igualmente estudiarlo desde fuerzas no humanas. Su óptica busca no tratar el espacio como un producto social únicamente y leerlo como parte de un todo para poner de relieve las fuerzas no humanas también. En este sentido, aunque el autor no nombra a Doreen Massey, esta geógrafa, por ejemplo, ya en los años ochenta alertó que no se podía resumir en que lo social controlara lo natural y por ende decía que era inadecuado tratarlas como esferas separadas.

La obra presenta, en suma, la variedad de dimensiones en las que el espacio es proyectado y el rol de la etnografía con respecto a esta categoría, cuyo fin era integrarlo como pregunta y dotarlo de aún más contenido. Por ende, el método etnográfico, como se ha visto, es una opción factible para investigar los procesos de pro-

ducción del espacio y se abre como una herramienta que puede trazar nuevos puentes entre diferentes disciplinas, sin quedarse limitado a la antropología.

Raúl Cerro Fernández
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
Email: racerro@ucm.es